

## **LA INTERVENCIÓN DE LOS GITANOS EN LOS PROCESOS EDUCATIVOS DE LOS GITANOS**

Domingo Jiménez Montaña

Cuando mis amigos de Enseñantes con Gitanos me plantearon que hiciera una reflexión alrededor de “la intervención de los gitanos en los procesos educativos de los gitanos...”, lo primero que sentí fue una sensación de alegría al saber que habían pensado en mí para hacer unas humildes aportaciones y seguidamente me sobrecogí porque se trataba de reflexionar sobre cosas que uno tiene dentro, que se viven desde dentro y el ejercicio de sacarlas a la luz, como mínimo, inquieta el alma.

A continuación intentaré analizar, bajo mi punto de vista, algunas cuestiones que de forma directa o indirecta, inciden en la formación de los jóvenes gitanos y gitanas:

A simple vista, y es políticamente correcto decirlo así, hay una normalizada relación entre gitanos y no gitanos, pero esta relación es aparente, superficialmente es una relación válida pero de manera intrínseca no existe una verdadera convivencia ni un necesario diálogo intercultural, y esto da qué pensar porque si en los casi 600 años que llevamos viviendo aquí aún existen grietas de convivencia, es ilusorio pensar que de la noche a la mañana recuperaremos el tiempo perdido. Es más, cuando algo no funciona bien durante mucho tiempo su reestructuración es mucho más difícil. Sé que al decir esto soy pesimista pero sólo podremos encontrar soluciones cuando reconozcamos qué es lo que realmente nos sucede. En el terrero psicológico y, a modo de ejemplo, jamás se sale de una depresión si no se admite que se tiene.

El origen de estas grietas de convivencia lo podemos encontrar en la persecución sistemática que durante siglos hemos sufrido los gitanos, instalándose en nuestro inconsciente colectivo el miedo, el saberse rechazados y la autodefensa cultural, también en el poco o nulo reconocimiento cultural que ha tenido el pueblo gitano y, por supuesto, en una desconfianza mutua entre gitanos y no gitanos que nos ha hecho mucho daño a todos. Ésta es la carga que, sin saberlo, llevan en sus mochilas los niños gitanos cuando van a la escuela. Sus padres desconfían de unos maestros que no pertenecen a su cultura y temen que sus hijos dejen de ser gitanos en una escuela de la mayoría, no de la minoría, de una escuela que, en definitiva, no ven como suya. Dicen que los niños aprenden más de lo que no se dice que de lo que se dice, ellos saben o intuyen que sus padres recelan de la escuela, esto se transmite muchas veces involuntariamente y los niños acaban, a medida que se van haciendo mayores, por desconfiar también de su escuela. Para aprender es necesario el vínculo afectivo emocional entre el niño y su maestro, es el vínculo básico y primero para que exista aprendizaje y conlleva que las familias también se sientan próximas a la escuela. Por si esto fuera poco las familias que superan el mecanismo de indefensa cultural tienen otro temor y es que piensen que sus hijos e hijas no tengan existo escolar y acaben

dedicándose a la misma ocupación que la de sus padres, en la mayoría de casos, a la venta ambulante.

Por su parte, la escuela tampoco contribuye al proceso normalizador de la escolarización del alumnado gitano. Cuando los maestros no creen en el rendimiento escolar de sus alumnos gitanos o cuando piensan que abandonarán la escuela antes de terminar la secundaria obligatoria alimentan la profecía que se autocumple: es probable que el otro acabe confirmando las expectativas que se tiene sobre él.

Tenemos, pues, ante nosotros un reto difícil para todos pero no insuperable: debe haber un verdadero acercamiento bidireccional entre familias y escuela, la escuela debe ser depositaria de la confianza que le otorgue la familia y ésta superar temores y recelos, y acercarse a la escuela, participar en la vida escolar, e implicarse al máximo para que sus hijos también lo hagan. Los maestros deben apostar por el éxito escolar de sus alumnos gitanos. Creer en sus capacidades produce una devolución de autoestima que rompe las barreras de la incomunicación y del fracaso.

De todas formas, los niños y jóvenes gitanos no lo tienen fácil, a todo lo expuesto hay que sumarle la rémora de los códigos culturales y lingüísticos. Los gitanos al perder nuestra lengua hemos creado un código lingüístico que nos legitima y nos reconoce culturalmente como gitanos. Todos nosotros, y también, por supuesto los niños, nos sentimos atraídos por él y queremos aprenderlo y utilizarlo, pero el uso de este código lingüístico nos aleja del código oficial que se maneja en la escuela y en la sociedad, que es el necesario para tener éxito escolar y social.

A un niño gitano de tres años le es más fácil entender la forma del corro por su bagaje cultural que la del círculo, aunque escolar y socialmente se le exigirá que reconozca y utilice la expresión "círculo". Habrá quien considere esto trivial pero a muy temprana edad se produce un acercamiento lingüístico y cultural a la propia cultura y un alejamiento de la demanda del lenguaje escolar. Y si a ello se le añade el temor a la pérdida cultural por utilizar un código lingüístico externo, las dificultades de aprendizaje con las que se encuentran los niños gitanos son mayores que las del resto.

Existen otros códigos culturales que también juegan un papel importante en el proceso educativo de nuestros niños y jóvenes:

Los gitanos tenemos una cultura ágrafa. La parte negativa de este rasgo cultural consiste en que el saber, al transmitirse oralmente, no de forma escrita, se pierde cuando los ancianos, pozos de sabiduría, fallecen y con ellos todo el acervo cultural acumulado durante años de experiencia. La parte positiva de lo ágrafo es el desarrollo acrecentado de la comunicación verbal y la comunicación no verbal. Para nosotros es fundamental y muy valorado el uso que hacemos de las palabras en el contenido y en la forma. Damos importancia tanto al concepto como a la manera de expresarlo.

Con respecto a la comunicación no verbal recurrimos a un universo de miradas, gestos que frecuentemente no necesitan palabras. O mejor dicho una mirada o un gesto valen más que mil palabras. Es evidente que durante muchos años el lápiz y papel han jugado un papel crucial en las aulas desplazando otras posibilidades igualmente válidas de aprendizaje.

Los gitanos vivimos en grupo. El grupo para nosotros es fiel reflejo de nuestra forma de vida. Casi todo se vive en grupo, las fiestas, la enfermedad, el duelo, el trabajo...Es una referencia continua. El individuo que se aleja de él experimenta una cierta esquizofrenia: emerge su individualidad pero rápidamente necesita de la confirmación de su entorno. A veces el propio grupo presiona la voluntad del individuo o, mejor dicho, a veces uno mismo se siente ahogado por la propia percepción que se tiene sobre lo que está socialmente aceptado o no por su entorno. Pero, qué duda cabe, el aprendizaje se desarrolla prioritariamente en el marco del individuo, éste debe enfrentar sus propios retos formativos. Se encuentran, pues, nuestros niños y jóvenes ante una posición ambivalente: se nace en grupo, se crece en grupo, se vive en grupo pero se aprende solo. Resolver este dilema supone un trabajo personal duro y contradictorio.

Seguidamente me gustaría describir algunos aspectos relativos al proceso de formación de los niños, niñas y jóvenes gitanos y gitanas, a la luz de la experiencia educativa que desde el año 1998 llevamos a cabo en la Fundació Pere Closa, de la cual tengo el honor de ser su presidente y coordinador del proyecto socioeducativo *Siklavipen Savorença (Educación con Todos)*:

A pesar de lo argumentado anteriormente sobre la desconfianza que genera en los padres el sistema educativo y el poder de transmisión cultural de la sociedad mayoritaria que tiene fiel reflejo en la escuela, nuestra experiencia confirma que es básica la existencia de dispositivos internos de promoción y formación de los gitanos, esto es que los mismos gitanos seamos los protagonistas de nuestro propio devenir educativo, cultural, social, laboral, etc.... Ser gitanos nos avala para construir un puente, un canal de comunicación entre las familias y la escuela. Los padres se sienten muchas veces solos ante una situación escolar que desconocen: la organización de los centros, su funcionamiento, la participación en la vida escolar, las materias... Por este motivo, nos piden ayuda para interpretar un mundo desconocido para ellos y, por tanto, información y mediación. Por su parte los profesionales del ámbito socioeducativo también solicitan nuestro soporte. Frecuentemente precisan información y formación para trabajar con la comunidad gitana, conocer y entender sus valores para optimizar el trabajo.

El que un grupo de gitanos se haya preocupado por la educación de los alumnos gitanos ha generado confianza en las familias. Se han sentido apoyadas en la orientación escolar, en los cambios de centro, en las solicitudes y búsqueda de recursos, en el acompañamiento en el proceso de matriculación...

Esto ha provocado un cambio en muchas familias, apuestan por la formación de sus hijos e hijas, dejando atrás miedos y recelos. Este cambio no sólo se da en el ámbito familiar más estrecho sino que como una mancha de aceite va extendiéndose a otros círculos próximos. Cuando un gitano o una gitana estudia se rompen muchas barreras y se inicia el camino para los que vienen detrás. También se da un cambio en las expectativas, es posible que una adecuada formación conduzca a la obtención de un mejor puesto de trabajo y también se acepta que es perfectamente legítimo tener una buena formación, independientemente del trabajo al que uno se dedique. Es curioso observar cómo las familias que se sienten apoyadas llegan a creer realmente en las posibilidades de éxito escolar de sus hijos e hijas, un éxito que también reconocen que es de la escuela y de sus profesionales, muestra de ello es que nos encontramos con muchos casos de familias que, si caminamos junto a ellas, optan por centros donde hay un alto nivel de exigencia académica. No sólo los padres valoran la importancia de nuestro acompañamiento en el proceso de formación de sus hijos e hijas también los centros educativos reclaman nuestra intervención, quizás porque es necesaria la ayuda mutua y la colaboración para conseguir el éxito escolar del alumnado gitano.

El recorrido que tienen que andar las niñas y jóvenes gitanas es largo y sinuoso: encargarse de los hermanos pequeños, de las tareas del hogar, aceptar el desafío de “ser mujer gitana y seguir estudiando”. A veces son motivos suficientes para abandonar. Sin embargo, vemos que cada vez hay más niñas y jóvenes que continúan su formación, con el valor añadido que posee la mujer gitana: trabajadora infatigable y motor de cambios, especialmente sensible en la atención y cuidado de sus hijos, y de todos los que la rodean. Sin duda, en nuestro proyecto sobresalen las niñas y jóvenes gitanas. De todas formas nosotros optamos por una formación conjunta de mujeres y hombres. Si son ellos los que únicamente estudian o por el contrario sólo son ellas, tendremos un pueblo dividido, para que la educación triunfe ambos deben caminar juntos. Nuestros grupos mixtos son un referente para otros niños/as, y jóvenes. Aquellos que se han marcado una meta educativa necesitan encontrarse con coetáneos con los que poder compartir vivencias, y así juntos, en grupo, sus aspiraciones serán más accesibles.

Es especialmente relevante el papel que desempeñan los gitanos y gitanas universitarios. Por una parte, se convierten en asesores de la administración en asuntos gitanos porque poseen preparación para desempeñar esta función y al mismo tiempo ser gitanos les legitima, si bien es cierto que se cierne sobre ello la duda eterna: ¿Es posible tener formación universitaria y seguir siendo gitanos?. En la Fundació Pere Closa lo tenemos claro y respondemos un rotundo sí, es posible tener formación y seguir siendo gitanos. Muchos gitanos y gitanas universitarios abandonan su militancia en la causa gitana porque es muy difícil resistir continuamente las dudas externas sobre su identidad. Por otra parte son líderes de opinión de otros jóvenes que vienen detrás. No obstante es un perfil complejo de cumplir. Deben ser reconocidos como gitanos y esto es demostrable sólo cuando comparten territorio con otros jóvenes, y además, estos líderes de opinión, tienen que estar lo suficientemente cerca para ser un ejemplo a seguir y lo suficientemente lejos para poder ayudar, al

resto, a trazar su propio camino. Un gitano/a universitario de cierta edad deja de ser un líder de opinión para los más jóvenes porque se le ve demasiado alejado/a de los intereses de estos jóvenes.

Ni las grietas de convivencia entre gitanos y no gitanos, ni los centros educativos que no creen en las posibilidades de sus alumnos, ni los códigos culturales y lingüísticos en contraposición, ni la eterna lucha entre individuo y grupo, impedirán que entre todos consigamos que, de aquí a unos años, tengamos un montón de gitanos y gitanas con una adecuada formación profesional o con estudios universitarios. Esta es una ilusión compartida. Y desde aquí quiero dar las gracias a esos alumnos gitanos/as que luchan por seguir adelante, a sus familias, a sus maestros y maestras, a las entidades gitanas, pro gitanas y a otras entidades que día a día trabajan por convertir este sueño en una realidad.

Domingo Jiménez Montaña  
Presidente de la Fundació Pere Closa